

Humberto Enríquez Frodden

El día de la Universidad (*)



EN abril de 1919, fecha que para unos suena remota, para otros simplemente lejana, y que, para unos pocos, es casi un suceso de hoy, nació a la vida el Instituto de Altos Estudios que es la Universidad de Concepción. Hace treinta y un años, una élite espiritual puso en marcha una obra que, desde su fundación, dió una fisonomía diferente e insufló un alma nueva a la vieja y todavía un poco soñolienta Concepción.

La ciudad había progresado, indudablemente. Las condiciones naturales que le son peculiares habían hecho nacer diversas industrias en Concepción y demás pueblos que quedan en su zona inmediata de influencia. El ojo certero de los empresarios que no se deja guiar por motivos sentimentales sino por los duros dictados de la realidad económica, los había hecho escoger este emplazamiento para sus industrias, que llevaban vida próspera. En lo cultural, el Liceo de Hombres había cimentado, a través de decenios de existencia, un bien ganado prestigio, tanto por la preparación de sus profesores como por el espíritu

(*) Discurso pronunciado por el profesor de la Escuela de Derecho don Humberto Enríquez Frodden: el 15 de mayo ppdo. en el Teatro Concepción, con motivo de celebrarse el Día de la Universidad.

abierto, de renovación y de progreso, que animaba sus aulas. Secundaba su labor el Liceo Fiscal de Niñas, dirigido por doña Amelia Mella de Soto, que sucedía a la gran educadora que fué doña Emilia de Rider. Cooperaban también los establecimientos particulares de enseñanza. De estos últimos séame permitido hacer emerger del recuerdo, con calor de emoción, los nombres de dos grandes y abnegadas maestras: doña Eloísa Urrutia y doña Carmela Romero de Espinoza. Creo que no necesito decir que el Rector del Liceo de Hombres, en esa fecha, era don Enrique Molina Garmendia.

Una industria creciente y una población ansiosa de una cultura mayor, eran condiciones propicias para la creación de un Instituto de Estudios Superiores. Lanzada la idea, en 1917, despertó enorme entusiasmo. Se pensó de inmediato en la ayuda fiscal, como Universidad del Estado. Pero entonces, como ahora, había penuria financiera; entonces, como ahora, el Ejecutivo era requerido para iniciativas múltiples, y entonces, como ahora, no faltaron en los círculos políticos metropolitanos los que, al socaire de grandes frases, saboteaban el proyecto regional.

Fué entonces también cuando, cansados de promesas dilatorias, unos pocos hombres produjeron de hecho, sin recurso ni otra ayuda que la simpatía del vecindario, el hecho social trascendente que fué la creación de la Universidad.

Han sido muchas veces recordados. No debe desaprovecharse ninguna oportunidad, empero, para repetir sus nombres. Fueron los «pioneers» de una empresa del espíritu. En los fastos de la historia de Concepción, marcando una época, están Enrique Molina, Augusto Rivera Parga, Virginio Gómez, Edmundo Larenas, Abraham Valenzuela Torrealba, Julio Parada Benavente, Alberto Coddou Ortiz, Luis David Cruz Ocampo, Aurelio Lamas Benavente, Eliseo Salas, Esteban Iturra, Desiderio González, Pedro Villa Novoa, Carlos Soto Ayala, Carlos Roberto Elgueta, Abraham Melo y Peña, Federico Espinoza, Francisco Fonck, y Samuel Guzmán García, fundadores de la Universidad.

Al pasarle lista, muy pocos son los que pueden responder al llamado. Los demás han muerto. Ya no les inquieta el reconocimiento ni la gratitud de los que hoy espigan en la mies que granó merced a su esfuerzo. Los primeros, por suerte de nuestros corazones, pueden aún recibir el testimonio de nuestra admiración, nuestro respeto y nuestro afecto. Acaso sólo les complazca lo último. De ellos, dos permanecen en la trinchera universitaria, en las funciones de máxima responsabilidad en la batalla interminable por el progreso de la cultura. Son el Rector y el Vicerrector de la Universidad. Don Enrique Molina y don Julio Parada, en la lista de honor pueden dar la respuesta del soldado: ¡Firmes!

Han pasado treinta y un años, consolidando el prestigio de la Universidad en el país y en el extranjero y permitiendo un considerable progreso material. No logran advertirlo los alumnos de hoy, que no han conocido otros edificios que los actuales, amplios y cómodos, con buenos laboratorios y bien provistas bibliotecas. No saben de las casas viejas en que funcionaron los primeros cursos, de los locales prestados y de las muchas estrecheces que ha habido que superar y que vencer, con esfuerzo y con paciencia. Tienen, sin embargo, la experiencia que ha sido común a todas las generaciones de estudiantes que han pasado por esta Casa: la amenaza periódica a la vida de la Universidad, por el ataque a la fuente de que obtiene la casi totalidad de sus recursos.

Desde que don Luis D. Cruz Ocampo, primer Secretario General de la Universidad, ideara las «donaciones con sorteo», como medio de allegar recursos, este peligro ha sido constante. Las prohibió el Gobierno militar del año 1924, logrando restablecerse al año siguiente, ya con el carácter franco de lotería y autorizadas por un Decreto-ley. Pero algo hubo que dejar en las zarzas del camino. La Universidad, a trueque de vivir, tuvo que aceptar que se cercenaran sus ingresos; que las utilidades de la Lotería, que hasta entonces le habían pertenecido exclusiva-

mente, se repartieran, sin fundamento y sin justicia, con otras instituciones. Así nacieron los famosos copartícipes, cuya cuota en la Lotería no es sino una gota de agua en el presupuesto de cada una de esas entidades; pero que es una sangría dolorosa para la Universidad. Mucho significarían para ella los veintiocho millones de pesos que reciben actualmente los copartícipes, si pudiera destinarlos a sus Institutos de investigación, sus bibliotecas, sus laboratorios; al bienestar estudiantil o a nuevos cursos.

No vale la pena enumerar las otras embestidas contra sus finanzas, de que la Universidad ha necesitado defenderse. Se presentan con tanta regularidad que podría elaborarse a su respecto una teoría cíclica, como la de las crisis económicas.

Entretanto, muy poca la ayuda, aunque mucha simpatía. No hay noticia aún, de ningún legado munificente, ni se ha contado jamás con subvención fiscal como un recurso permanente. Lo que se ha obtenido del Poder Público ha sido siempre gracias a los hombres de la misma Universidad, en su paso por el Gobierno o por el Parlamento. Así, para no citar sino la iniciativa más importante y primera en este aspecto, el Decreto-ley 312, de 27 de julio de 1932, se debió a don Rolando Merino Reyes, profesor de Introducción al Estudio del Derecho en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y actual Decano de la misma Facultad, quien, llamado a integrar la Junta que se hizo cargo del Gobierno a la caída del señor Montero, se dió tiempo, en la actividad febril de esos días revolucionarios, para propiciar una medida que, siquiera parcialmente, fuera en ayuda de la Casa de Estudios a que se encontraba ligado por una tan fuerte vinculación espiritual.

En este 1950, mientras celebramos los treinta y un años de fecunda vida espiritual de nuestra Alma Mater, lo hacemos con profunda zozobra. Una vez más, en su azarosa historia económica, la Universidad afronta una crisis. Todos confiamos en que ha de ser superada, desde que la causa inmediata del que-

branto—el nuevo impuesto que se había establecido sobre la Lotería—está en vías de desaparecer. El proyecto de ley que deroga este impuesto y da un nuevo financiamiento a la Fundación de Viviendas de Emergencia, ya fué aprobado por la Cámara. El Senado debe despacharlo esta semana. A instar por su pronto despacho, a explicar su alcance y proyecciones, a defender una vez más esta Casa de la Cultura, ha partido a Santiago nuestro Rector. Sólo a que el deber lo reclama con urgencia en el sitio en que hace más falta, obedece que no esté hoy con nosotros, presidiendo este acto tradicional y solemne en que la Universidad despide a los alumnos que han terminado sus estudios, distingue a los mejores y presenta a la ciudadanía, con legítimo orgullo, el balance de la labor realizada en el año.

Ojalá que la actual contienda en defensa de los recursos de la Universidad sea la última. Y que las futuras sean para mejorar su situación económica. Yo casi me atrevo a esperarlo así. Esta experiencia ha sido asaz elocuente para demostrar que la Lotería no es la fuente inagotable, financiadora de todas las iniciativas, que el arbitristo de algunos quiso imaginar.

Quiero, no obstante, dejar bien en claro que la batalla librada por la Universidad en defensa de sus ingresos no significa, en modo alguno, ataque o repugnancia a la finalidad nobilísima que persigue la Fundación de Viviendas de Emergencia. Todo lo contrario. Y los personeros de la Universidad se han cuidado de decir y proclamar, urbi et orbi, que ese objetivo cuenta, no sólo con la simpatía sino, en todo lo que esté a su alcance, con su más franco y decidido apoyo.

Pero, si esta es la posición de la Universidad respecto de la Fundación de Viviendas de Emergencia, con la misma entereza con que ofrece su colaboración, debe condenar los ataques que, por interés, por incomprensión o por pertinacia, se le han dirigido.

Como un modelo acabado de esta incomprensión, permítanme Uds. contarles que, en una entrevista en Santiago, cuando

urgíamos con el Rector la pronta derogación del impuesto, cuyos perniciosos efectos estaban a la vista, un alto funcionario nos dijo que, si para construir viviendas de emergencia era necesario cerrar la Universidad, él estaba de acuerdo.

¡Cerrar la Universidad! Esta fué la contestación atolondrada que se le dió al autor de «Lo espiritual en la vida humana», al filósofo, al maestro, al Rector de esta Casa del Espíritu. Yo no quiero describirles a Uds. esa escena penosa. Todos conocemos a don Enrique Molina y lo sabemos la esencia misma de la serenidad. Esa vez temblaba de cólera. Nunca he visto sintetizar una situación y condenar un absurdo con menos y más vigorosas palabras.

Era justa la indignación del Rector y estaba en lo cierto cuando condenó como «hombres faltos de imaginación» a los que creían que, para sacar adelante una empresa generosa y noble, era preciso matar una obra no menos noble, aunque mucho más trascendente.

Es cierto que se necesitan en este país casas, muchas casas y se necesitan muebles para guarnecerlas; y pavimentación, alcantarillado, agua potable, parques y jardines para hacerlas salubres; y calefacción y energía para hacerlas confortables; buenos caminos para que sus habitantes y la industria se avitualle de alimentos y materias primas y para que se puedan extraer sus productos. Se necesita, además, buena organización de la sanidad y la previsión para impedir las epidemias y precaver la miseria; buena administración de justicia para que el derecho de cada uno sea respetado y no impere la ley de la selva; y se necesitan muchas y muchas otras cosas, en una enumeración que sería interminable, partiendo del simple problema de las casas. Pero se necesitan, y hay que dejarlo bien en claro, en razón, precisamente, de que Chile es un país civilizado y culto, en razón de que hay establecimientos y universidades, que imparten y reparten la cultura, que enseñan a la gente a tener necesidades.

El salvaje casi no tiene necesidades. Los aborígenes de esta tierra habrían cambiado sus rucas por las casas de las «poblaciones callampas». Pero a nosotros, hombres cultos, nos parece intolerable que una parte de nuestros compatriotas deba vivir en tales ranchos. Aliviar su miseria, ayudarles a obtener un nivel de vida mejor, satisfacer sus necesidades, es algo que se nos presenta, bajo el imperativo de los conceptos de deber y de solidaridad, como una necesidad nuestra.

Que la satisfacción de la necesidad ajena lleguemos a sentirla como nuestra propia necesidad, es el fruto en sazón de la cultura. Es un desatino, una pérdida de perspectiva, querer cegar la fuente que nos permite sentir así.

Este es el espíritu que las universidades reparten. Esta es la siembra que ha hecho la Universidad de Concepción durante sus treinta y un años de existencia. Por eso el público no se dejó engañar en momento alguno; por eso en Santiago, los propios habitantes de las poblaciones callampas, a quienes favorecía la ley, se negaron a ir a un desfile en contra de la Universidad. Este reconocimiento de su labor espiritual, que llevó a solidarizar con su causa a obreros, empleados, comerciantes, industriales, estudiantes, y, en general, a todos quienes en este país piensan y aman el progreso, es el mejor galardón a su obra. Un justo homenaje le rindió en este sentido, al tratarse en la Cámara el proyecto sobre derogación del impuesto, el Diputado Socialista don Baltasar Castro, cuando dejó bien deslindado que él representaba a los obreros, y que si defendía a la Universidad de Concepción era porque, por su labor de investigación y de cultura, se identificaba con los intereses del pueblo.

El problema es, pues, no el de cerrar esta Universidad, sino el de buscarle seguros y mayores recursos para que pueda seguir cumpliendo, como hasta aquí lo ha hecho, sus altos destinos; para que pueda seguir prodigando, con largueza creciente, el tesoro espiritual que es la razón de su existencia.

Somos los usufructuarios de una herencia formidable: de

una técnica y de una ciencia que, en cada una de sus especializaciones, puede llenar bibliotecas con miles de volúmenes; y de un conjunto de principios jurídicos, morales y filosóficos, cuya elaboración se ha ido haciendo a través de los milenios. Este acervo inmenso, esta herencia enriquecida de generación en generación y que nosotros debemos entregar, a nuestra vez, acrecentada, no tiene más punto de apoyo ni otra caja de fondos que el espíritu. El espíritu es el soplo en el barro en la noche del Génesis, es la llama que Prometeo robó a los Dioses, es el fuego que cuidaban los antiguos sacerdotes, es «el alma» de las universidades de hoy.

La Universidad de Concepción ha sido intérprete fiel y guardiana celosa de este espíritu. Con sacrificios a veces no bien comprendidos por propios y extraños, contratando profesores, sabios o investigadores eminentes, o desde la tribuna de la Extensión Universitaria, ha procurado siempre mantenerse en la vanguardia de las ciencias, las artes y la filosofía. Dentro de lo limitado de su presupuesto, no escasa suma va todos los años a la dotación de sus bibliotecas y, en una marcha segura, nuevos Institutos y Seminarios abren horizontes a los estudiosos.

En el campo de la preparación profesional, la Universidad cumple sus fines. Lo prueba el éxito general de sus egresados, en el país y en el extranjero. En el aspecto de la investigación científica, las memorias y trabajos de los alumnos merecen de ordinario el calificativo de «sobresaliente» a las comisiones de la Universidad de Chile. Esto es sin mencionar la labor de algunos profesores que se han destacado con la publicación de obras que han llamado justamente la atención en el ámbito de sus especialidades, o de aquellos otros que, por años y años, vienen desarrollando pacientes investigaciones. Los demás nos conformamos con la opinión del filósofo Sheller cuando dice que metafísicamente, no hay diferencia entre crear y comprender. Procuramos estar al día en las ciencias de nuestras cátedras y transmitir a nuestros alumnos, lo mejor que podemos, el fruto

de nuestros estudios. Nos alienta la esperanza de que cualquiera de ellos haga mañana, con el instrumental que le entregamos, aquello de que no fuimos capaces: enriquecer la ciencia, tender, con la creación reservada a los genios, el puente que une la mente con lo incógnito.

Es una lástima que la labor científica y la preparación profesional que se realiza a través de las diversas Escuelas y Facultades, no se pueda ver aún coronada por un Instituto de Filosofía, como es la justa y sentida aspiración de nuestro Rector.

Yo sé que hay muchos que combaten esta idea. Hay quienes creen que están de más algunas de las actuales Escuelas y que deben crearse, en su reemplazo, otras que preparen técnicos para la agricultura, la industria y el comercio. Llaman a esto «democratización» de la Universidad. En semejante cuadro, un Instituto de Filosofía les parece un lujo tan inútil como una flor en el tintero.

La experiencia nos enseña a huir de las grandes palabras. La palabra democracia es, en sí misma, pura y plena cuando se la aplica en su recto sentido. Es, como diría Neruda, «simple como un anillo, clara como una lámpara». No necesita siquiera definirse. Pero es hueca y sonora como una campana cuando se tuerce su significado. Gusta entonces a los niños y a las muchedumbres.

La Universidad ha sido siempre democrática, esencialmente democrática, democrática en la extracción de sus profesores y democrática en cuanto a que sus puertas están abiertas para todos... Ni en su personal ni en sus alumnos hace distinción de cuna, de posición o de dinero. Tampoco en las ideas. Como Casa del Saber, está abierta a todas. Por eso ha inscrito en su frontispicio su profundo lema: «Por el desarrollo libre del espíritu».

Ahora, si se trata de que la acción de la Universidad debe extenderse, además, hacia otros campos, soy el primero en reconocerlo. Yo soy de los que creen que, conforme con la marcha

de los tiempos y el progreso de la cultura, la Universidad debe ir extendiendo su esfera de acción, tomando bajo su tutela y dando calidad, profundidad y rango a actividades que hasta ahora han quedado fuera de su órbita. Como Ministro de Educación, el año 1946 dicté el decreto que designó una Comisión que debía estudiar la creación de la Universidad Técnica del Estado y sus relaciones con la Universidad de Chile. Esta iniciativa hizo fortuna y la Universidad Técnica es hoy una realidad, faltando sólo la aprobación por ley de su Estatuto Orgánico. Una oposición cerrada de criterios entre los representantes de la enseñanza técnica y los de la Universidad tradicional, impidieron en Santiago, en ese entonces, la solución más lógica: que bajo la égida de una sola Alma Mater, imbuídas de un solo y mismo espíritu, aunque acondicionadas por sus diversas características, pudieran funcionar todas las Escuelas.

En un futuro no lejano la Universidad de Concepción puede realizar, sin contratiempos ni quebrantos, lo que no fué posible en Santiago. El adelanto industrial de la zona reclama con urgencia los profesionales técnicos que sean los capitanes o los asesores de las nuevas industrias. Los egresados de las Escuelas de Técnicos Industriales deben encontrar en la Universidad de Concepción, como hasta ahora los de los Liceos, los cursos que les permitan dar remate a los estudios de sus respectivas especialidades. La falta de conocimientos humanísticos de los alumnos técnicos no puede ser obstáculo. Precisamente su mayor preparación técnica permitirá destinar, en ellos, un tiempo mayor a la enseñanza humanista. El problema no es, en el fondo, sino un problema de horarios y de programas, que los expertos de nuestra Facultad de Educación y Filosofía, estoy seguro, podrían resolver fácilmente.

Esta Universidad, surgida de la iniciativa particular, ha triunfado en el país y en el extranjero con su Escuela de Ingeniería Química Industrial. Sus egresados se han impuesto al pesimismo con que algunos vieron la creación de estos estudios

no reconocidos por la Universidad Central. Otro tanto puede ocurrir mañana con los profesionales técnicos.

Sin embargo, cursos más o cursos menos, será siempre necesario un Instituto de Filosofía, síntesis y sentido de la vida universitaria.

Asimismo, por muy democrática que sea, la Universidad es siempre forjadora de una élite, de la clase directora de la sociedad, de la aristocracia de la virtud y del saber. Y así será siempre, cualesquiera que sean los cursos que abarque, siempre que la Universidad sea una verdadera Universidad.

* * *

Jóvenes alumnos, en este día, como todos los años, la Universidad despide a los que han terminado sus cursos, entrega, también, los premios a los que se han destacado en sus estudios. A éstos con los diplomas que los acreditan como los primeros entre sus iguales, la Universidad les discierne una responsabilidad mayor.

Yo os felicito, jóvenes premiados, por el galardón a que os habéis echo acreedores, y os auguro que, si perseveráis en las prácticas de trabajo y de estudio que os han conducido a distinción tan señalada, habréis de seguir cosechando en el camino de la vida mayores y más frecuentes recompensas.

Jóvenes, los profesores ponemos nuestras esperanzas sobre las espaldas de los que se van. Año a año, es una parte de la labor cumplida. Os hemos dado lo que sabíamos y nos queda la pesadumbre de que os hemos dado poco. En casi todas las disciplinas, no hemos podido aseguraros que lo que os enseñamos sea la verdad definitiva. Nuevas conquistas de la mente humana, descubrimientos nuevos, harán arcaico y falso lo que hoy parece cierto y novedoso. Sin embargo, como realidades eternas e inmutables, quedarán el amor del hombre por el bien y la verdad, su sed de la justicia, su búsqueda incansable de la dicha.

Estas realidades fincan en el espíritu del hombre, que es el que alimenta, desde la noche de los tiempos, el río rumoroso del progreso.

Pero las fuerzas del espíritu han de tener una orientación y un sentido. La masa, ciega, por crear, destruye. La orientación y el sentido los da la cultura. La cultura es el vino nuevo de la ciencia, decantado en el odre viejo de la filosofía.

Si habéis cargado vuestra lámpara con este espíritu, la Universidad ha cumplido su misión y puede estar satisfecha. Os ha dado una luz y sabe que con ella no podéis errar el camino: el camino de la verdad y del esfuerzo, sin los cuales no hay progreso.